

ventajas, aquellos elementos que han de refluir en beneficio de la infancia y en provecho de nuestra sociedad.

MANUEL CERVANTES.

LA ENSEÑANZA OBJETIVA.

He aquí un gran principio de educación capaz por sí solo de traer á la escuela primaria una gran reforma digna del estado de ilustración en que ya nos encontramos y de los avances que hacemos cada día. La enseñanza objetiva ha sido plantada con el mejor éxito en Francia, en Alemania, y principalmente en los países del Norte, donde casi toca á su mayor perfección. La iniciativa de este sistema entre nosotros es la sentencia de muerte á todas las rutinas, la amenaza á todos esos métodos cansados é infructuosos que han hecho tanto mal. Las necias teorías que forman la base de una enseñanza penosa é insuficiente, van á desaparecer dejando el terreno expedito á la razón. Ese mundo de sombras y de quimeras se va á desvanecer ante las nociones más claras y racionales. La enseñanza objetiva comienza por la educación de los sentidos, aclara y afirma las ideas y trae la precisión y perfectibilidad del lenguaje. Para convencerse de esta verdad no hay más que estudiar su plan: ella da á los niños las nociones más importantes sobre lo que los rodea, ella los instruye sobre los fenómenos que pasan á su vista, enseña á conocer y perfeccionar los medios de percepción, cuida de establecer los principios y leyes más universales, é inicia en los conocimientos que más tarde se han de desarrollar: tal es el plan de este grandioso sistema que tocando al niño por los sentidos en los primeros años de la vida, se enlaza admirablemente hasta llegar á él, identificado con la naturaleza á la profunda y sólida instrucción en la mejor edad. Gran empresa por cierto: hacer que el niño sienta la verdad, que la ame, que la reproduzca, que observe los hechos, que deduzca sus consecuencias, que ligue á estas deducciones las relaciones morales que deban formar su corazón; en resumen, guiar al hombre en el desarrollo de todas sus facultades, es un trabajo difícil y de responsabilidad, pero que no debe arredrar al profesor. Las lecciones sobre objetos, que es uno de los medios de dar esa educación, no son sino una plática familiar entre el maestro y el discípulo, una conversación instructiva en el lenguaje de la infancia y acomodada á sus exigencias y circunstancias. Es la enseñanza que desciende al terreno del niño, que encarna en sus tendencias, en sus necesidades, que provoca el adelanto de sus facultades, y que camina al paso del hombre desde la escuela primaria hasta la ancianidad. Los apóstoles de esta doctrina han recogido ya el fruto de sus afanes: Pestalozzi, Froebel, Barran, son los insígenes profesores que han propagado estos sistemas, y á quienes tanto debe la sociedad. Las ideas de estos grandes hom-

bres son las que queremos ver cuanto antes realizadas entre nosotros. La ignorancia, la rutina ó la mala fé, harán sin duda la guerra á una reforma que tantos y tan trascendentales beneficios debe traer. Habrá quien crea tan difícil esta enseñanza que parezca imposible plantearla en nuestras escuelas; quien alegará que se necesita ser un sabio para establecerla, quien que la falta de elementos impedirá su realización, quien buscará en la filosofía las razones y defectos que puedan oponerse en contra. Obstáculos no han de faltar, pero si se estudia atentamente la cuestión, si nos convencemos de que las lecciones sobre objetos no son una enseñanza especial y científica en todo rigor, sino que no se trata más que de dar á conocer al niño aquello que la experiencia y una ligera instrucción nos han hecho saber antes que á él: si nos fijamos en que un padre, una madre de familia, se ve frecuentemente en la necesidad de dar estas lecciones cuando los hijos preguntan sobre las cosas que los afectan por la primera vez, entonces veremos que si bien es cierto que al pronto cuando hemos carecido de estos elementos, el profesor ilustrado, tendrá que preparar sus clases: esto no quiere decir que no tendrá efecto la enseñanza y que no sea posible precisamente lo que es más natural, lo que presenta mayores ventajas y menos trabajo y confusión.

¿Quién pretendería hacer que un niño fuera un sabio, cuando comprendemos que apenas alcanza la vida para estudiar un ramo, el más insignificante del saber humano? Nadie. No se trata de otra cosa sino de dar al hombre desde su más tierna edad, los medios más importantes para conocerse á sí mismo y conocer las leyes á que está sujeto. ¿Cómo es posible que no demos esta instrucción? Hablar al niño de abstracciones y de teología dejándolo en la mayor ignorancia respecto de su misma naturaleza, es un error que no cabe ya en las fórmulas del progreso actual. La introducción de esta enseñanza en las escuelas presentará algunas dificultades, pero que son vencibles con la modestia, el estudio y la buena voluntad. ¿Qué elementos necesitamos para empezar? Muy pocos ciertamente. Quien crea que es preciso trasportar á nuestras escuelas grandes museos extranjeros, se engaña. La enseñanza objetiva debe ser exclusivamente nacional; la flor de nuestros campos, el agua de nuestras fuentes, los ricos metales que se encuentran en el seno de nuestras minas, las preciosas maderas de nuestros bosques, y los hermosos mármoles y alabastros, son objetos sublimes para las lecciones que se han de dar, y cuantos motivos no habrá en ellas para engendrar el patriotismo, cuántos tesoros para la inteligencia, cuántas ocasiones para conocer y adorar á un Supremo Hacedor. El sistema que acabamos de manifestar debe ensayarse por nosotros mismos, por nuestros mismos profesores, y hasta donde sea posible con nuestros mismos elementos; no decimos que no se estudie la naturaleza en general, ni que desdeñemos el conocimiento de los adelantos extranjeros, sino que preferámos el